Revista Encuentros Uruguayos
Vol. XIX, n.° 1, enero-junio, 2026, ISSN: 1688-5236

Emilio Crenzel. *Pensar los 30.000. Qué sabíamos sobre los desaparecidos durante la dictadura y qué ignoramos todavía.* Montevideo: Siglo XIX, 2025, 272 pp.

Malena Zunino Folle[1]

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación,
Universidad de la República, Uruguay, malenazunino@gmail.com.

1 ORCID: https://orcid.org/0000-0001-5354-6144

En *Pensar los 30.000. Qué sabíamos sobre los desaparecidos durante la dictadura y qué ignoramos todavía* (2025), Emilio Crenzel reconstruye cómo se configuró el conocimiento sobre el sistema de desaparición desde el período en que este operó hasta la actualidad. Organizado en cinco capítulos, el análisis del autor, con vasta formación en el área de la historia reciente, la memoria y los derechos humanos, articula aportes de la sociología y la historia para indagar en las interpretaciones de los procesos de construcción social del conocimiento sobre el sistema de desaparición elaborado por los distintos grupos y actores involucrados. Especial interés reviste el epílogo, donde Crenzel relata una experiencia de recuperación de identidad en 2014 y da cuenta de la permanente reelaboración del conocimiento sobre las desapariciones y los procesos de identificación. Así, este episodio cuestiona la linealidad del conocimiento, a la vez que pone en jaque las narrativas que pretenden normalizar estos recorridos.

Apoyado en premisas foucaultianas, Crenzel parte de la idea de que el conocimiento se produce y reproduce socialmente, y que su distribución permanece ligada a relaciones de fuerza históricas y contextuales. En este sentido, sostiene que los marcos epistémicos organizan aquello que puede ser reconocido como saber legítimo. La principal tesis del libro radica en que existió una heterogeneidad en el conocimiento sobre las desapariciones, particularmente respecto a sus responsables, dimensiones, características y naturaleza, lo que evidencia que «hay muchos tipos de conocimiento, muchas formas de conocer y de actuar en función de lo que se conoce» (p. 15).

Crenzel construye un corpus documental vasto y heterogéneo, que combina archivos de organismos de derechos humanos nacionales e internacionales, fondos documentales, entrevistas a actores vinculados a la represión ilegal, documentación oficial, prensa escrita, material epistolar y audiovisual, complementado con datos de encuestas de opinión de la época. Esta pluralidad de fuentes no solo aporta robustez empírica a la obra, sino que resulta consecuente con el objetivo de reconstruir las distintas formas en que los actores conocieron, interpretaron y reconocieron el sistema de desaparición a lo largo del tiempo.

En el primer capítulo, titulado «¿Es el Estado?», Crenzel pone el foco en los responsables de las desapariciones y en las distintas formas en que estos fueron interpretados y denunciados a lo largo del tiempo. El autor reconstruye el proceso mediante el cual el conocimiento sobre las responsabilidades pasó de estar marcado por interpretaciones contrapuestas (entre quienes denunciaban las desapariciones como una política organizada por las Fuerzas Armadas y quienes aceptaban la versión oficial, que atribuía los secuestros a grupos autónomos y de extrema derecha) a una atribución hegemónica de responsabilidad al Estado y a las Fuerzas Armadas. Asimismo, profundiza en los cambios suscitados desde el 2005, marcado por el reinicio de los juicios, al ampliar la representación de las responsabilidades dentro del sistema de desapariciones.

Posteriormente, el capítulo «¿Dónde están?» echa luz a la dimensión espacial. Allí el autor analiza el proceso de construcción de conocimiento en torno a los lugares ilegales de reclusión y

aborda las dinámicas y lógicas propias de los centros clandestinos a partir de testimonios de sobrevivientes, atravesados también por el desconocimiento sobre los dispositivos donde estuvieron detenidos. Es sumamente interesante su lectura acerca de cómo los obstáculos impuestos por la dictadura (la clandestinidad de estos dispositivos, su negación explícita y la difusión de *cárceles especiales* y *granjas de recuperación*) constituyeron estrategias del horror que impidieron que el conocimiento sobre los centros clandestinos se transformara en socialmente reconocible y creíble. Ligado a ello, también coloca la mirada más cerca en el tiempo para abordar la transformación de los espacios clandestinos en sitios de memoria y presenta un nuevo escenario de disputa por la memoria en relación con sus usos sociales y políticos.

En «¿Cuántos son?», el tercer capítulo, se despliega la discusión sobre las maneras de estimar las cifras de las desapariciones y las disputas sobre su contabilización. Fundamentalmente, reconstruye el debate entre quienes proponían estimaciones generales y cifras redondas y quienes sostenían la contabilización de desapariciones con base en denuncias concretas. Respecto a esta última postura, Crenzel da cuenta de las dificultades para establecer un número preciso, debido a obstáculos como la clandestinidad de la práctica, el pacto de silencio de perpetradores, la circulación de personas por diferentes centros clandestinos y cárceles, las detenciones y liberaciones no registradas. Igualmente, muestra que el conocimiento sobre la magnitud de las desapariciones fue fragmentario y disputado, lo que dio lugar a una «guerra de cifras» (p. 133). Por último, reconstruye el proceso mediante el cual la cifra de 30.000 desaparecidos se consolidó como un emblema de la memoria colectiva y dejó al descubierto que la dimensión simbólica no oblitera la producción de nuevo conocimiento histórico, jurídico y político sobre las desapariciones.

Posteriormente, «¿Anestesias para asesinarlos? El testimonio de los sobrevivientes en debate» se adentra en los debates sobre el destino de los desaparecidos. De cara a ello, recupera las diversas reacciones que suscitaron los testimonios de Oscar Alfredo González y Horacio Guillermo Cid de la Paz, en 1980, quienes afirmaban que los «traslados» constituían el eufemismo para referirse al asesinato de los desaparecidos. El capítulo aporta elementos para reflexionar acerca de la incredulidad que suscitan las experiencias de violencia extrema y las expectativas de hallar con vida a las personas desaparecidas, alimentadas también por los represores. Describe el rechazo y la impugnación que estos testimonios generaron entre sobrevivientes, denunciantes, familiares, exiliados políticos y organismos de derechos humanos, y evidencia las dificultades para admitir la crueldad de la práctica. Esto permite comprender uno de los aspectos vertebrales del capítulo, en tanto muestra que, aunque esta información ya circulaba, su conocimiento no fue *sine qua non* de su reconocimiento inmediato. De este modo, revela que la construcción de conocimiento sobre las desapariciones no solo está atravesada por obstáculos impuestos por la dictadura y el terror, sino también por los límites de lo imaginable.

Finalmente, en «Lo que aún ignoramos», el último capítulo del libro, Crenzel analiza el proceso de elaboración del conocimiento sobre el sistema de desaparición y atiende a los diversos ámbitos en los que se produjo, como las políticas de derechos humanos, el plano jurídico, las iniciativas de transmisión de memoria y las representaciones culturales. Allí analiza la trayectoria de la elaboración de conocimiento sobre el sistema de desaparición, sus víctimas y perpetradores, tanto en claves narrativas e interpretativas como en los aspectos relevantes que aún permanecen desconocidos. De esta manera, el autor trabaja en torno a la noción de acumulación del conocimiento, entendida como la imbricación de avances y contribuciones de diferentes actores a lo largo del tiempo. Asimismo, subraya los aportes que la academia ha tenido en la ampliación y profundización del tema.

A lo largo del libro, Crenzel muestra que el proceso de conocimiento sobre el sistema de desapariciones no consistió solo en acumular información sobre el fenómeno, sino también en lograr que ese conocimiento fuese reconocido, legitimado y aceptado públicamente. Cuestiona la idea de un sentido común homogéneo y progresivo, e ilustra con claridad las derivas que las tensiones y disputas tuvieron en el acumulado sobre las desapariciones, incluso entre actores que compartían las denuncias al terrorismo de Estado. En este sentido, el autor analiza los procesos que dificultaron reconocer como real aquello que desbordaba los marcos morales, políticos y simbólicos disponibles. Así, el libro evidencia que, además de los obstáculos impuestos por el terrorismo de Estado, los marcos sociales, políticos y subjetivos incidieron en la representación, narración y transmisión de lo siniestro, que desafió las fronteras de lo imaginable y de lo decible. Alejado de una perspectiva fatalista, Crenzel también aborda los desafíos que los contextos políticos contemporáneos plantean para la producción, circulación y legitimación de estos saberes, y reafirma la importancia de sostener la investigación y la reflexión crítica sobre el pasado reciente.